

Sara, la esposa incondicional de Abraham.

Sara, esposa de Abraham, le acompaña en su vida errante por el territorio de Israel.

Por: P. Martirián Marbán



Qué preocupadas e inquietas me resultaron las noches anteriores a lo que ustedes llamaron después “el sacrificio de Isaac”, nuestro único y querido hijo.

Desde que convivía con Abraham, allá en nuestra tierra Ur de Caldea, era yo la encargada de seleccionar los corderos para los sacrificios. Los escogía bien sanos, de lana bien blanca y limpia, pezuñas bien formadas y vigilaba para que los pastores los tuvieran bien cebados. Cuando empezaban los preparativos, buscando y cortando la leña, afilando cuchillos y disponiendo todos los utensilios, escogiendo piedras para el altar y cuidando de que estuvieran listas las que prendían el fuego, ya yo tenía elegidos los corderos para estos sacrificios de comunión, que eran una gran fiesta en la que participaba todo el campamento. Pero desde hace unos días Abraham, misterioso, evade mis preguntas, corta leña a escondidas y se dispone a sacrificar sin necesitar corderos del rebaño y para colmo, una noche muy alterado, mascullando pretextos incomprensibles se fue a dormir a la carpa más alejada de la nuestra, casi ya fuera del campamento, donde vigilaba la guardia para prevenir ataques de fieras o ladrones. Yo veía por las rendijas de nuestra carpa cómo se llevó a nuestro único hijo Isaac, a Eliecer y a otro siervo, empleados de su confianza y a un asno cargado con leña preparada para sacrificios.

Imposible aceptar en mi mente que Abraham se hubiera dejado convencer por las tribus que nos rodeaban y que sacrificaban a sus hijos para tener la benevolencia de los dioses. Por supuesto, no pude conciliar el sueño en toda la noche.

Abraham había dado órdenes para que no me dejaran salir de la carpa hasta bien entrada la mañana, pero antes de que amaneciera y con el pretexto de llevar leche fresca para el desayuno de Isaac pude escaparme y a toda la velocidad llegué a la carpa donde, supuestamente, debía estar toda aquella comitiva.

Casi me desmayo cuando me enteré de que se habían puesto en camino hacia unas lejanas montañas antes de que el lucero que anuncia el amanecer apareciera en el cielo.

Qué desasosiego durante todo el día, sin Isaac, sin Abraham. Juntos habíamos recorrido aquellos grades desiertos, habíamos recibido las bendiciones del Señor, nuestros rebaños se habían multiplicado, habíamos superado la vergüenza de no tener heredero y ahora, ¿me encontraría sola, abandonada, sin saber por qué?

No pude probar bocado, a pesar de que las esposas de nuestros pastores fueron muy solícitas y atentas conmigo trayéndome queso, carne salada, leche fresca y me ayudaron a llegar a nuestra carpa, también ellas sin entender nada. Sin salir de la carpa, pasaron las horas del calor. Rendida, me dejé caer sobre las pieles que nos servían de alfombras con los más negros presagios en mi mente. Y de pronto, alegría y bullicio en el campamento, Isaac me despierta con sus gritos y un radiante Abraham me cuenta toda la verdad y anuncia sacrificios de comunión y fiesta para todo el campamento.

La vida de Abraham y Sara está en Génesis: 12-25,11.
El sacrificio de Isaac, en Génesis: 22,1-19.